



detectives privados en bsas

ELEMENTAL WATSON

txt | Federico Strifezzo

LEJOS DEL IMAGINARIO DE CRÍMENES, MAFIAS Y FEMMES FATALES, TAL COMO LO CONCEBÍAN DASHIELL HAMMETT O RAYMOND CHANDLER, LOS DETECTIVES PRIVADOS LLEVAN ADELANTE UNA FUNCIÓN VINCULADA CON HECHOS CONCRETOS QUE VAN DE LA INFIDELIDAD HASTA LA BÚSQUEDA DE PARADEROS. A CONTINUACIÓN WATT INVIERTE LOS ROLES Y SIGUE LAS HUELLAS DE QUIENES CAMINAN LAS CALLES PORTEÑAS EN BUSCA DE INFORMACIÓN.

LA SITUACIÓN ES COMÚN AUNQUE muy pocos lo crean: una mujer está con su amante disfrutando en secreto sin imaginar que del otro lado de la puerta, a pocos metros de la entrada, un detective privado hace guardia y la espera. Lo contrató su marido que desde hace algunas semanas duda de su fidelidad. Y por eso el detective espera sin apuros, porque la espera, en definitiva, es parte esencial de su trabajo. Lo único que necesita es una foto o una filmación, la imagen justa que ponga en evidencia el adulterio. Entonces pasa una hora. Después una hora y media. Quizás dos horas y hasta tres. Pero no importa, porque sabe que en cualquier momento su objetivo saldrá del albergue transitorio y justificará los u\$s 500 de honorarios semanales. No está disfrazado. No lleva bigotes postizos ni pelucas. Está vestido como siempre, con camisa y jean. Lo único importante es pasar desapercibido. Ser uno más. Ni si-

quiera es necesario disimular el hecho de estar parado en el mismo lugar durante tanto tiempo. Si algún vecino se queja y llama a la Policía le alcanzará con mostrar su credencial. Llega el momento: la mujer sale acompañada por su amante. Los mira. Sí, son ellos. Entonces el detective se esconde detrás de un árbol y espera unos segundos hasta que empieza a perseguirlos con la cámara. Está a más de veinte metros pero el zoom acorta las distancias. Se abrazan. Se besan. Sonríen. La imagen es contundente y él la atrapa. Ya está. Tarea cumplida. Otro caso cerrado.

Ni Sherlock Holmes ni Philip Marlowe ni Sam Spade. Ni impecables detectives ingleses que exaltan la razón ni hombres duros norteamericanos que enfrentan la corrupción de la sociedad con un vaso de whisky en la mano. Si es verdad que la realidad excede a la ficción, éste no es el caso. Más bien se trata de un espejo deformado. Porque los detectives privados son hombres comunes. Ciudadanos que, como cualquier otro, cumplen diariamente con su trajín laboral.

Un buen ejemplo es Miguel Aguirre Horn (www.detectiveargentino.com), que ejerce la profesión desde hace 20 años. Para él, esta tarea es un ejercicio de la verdad. "Yo ayudo a la gente. Cuando vienen desesperados a consultarme es lo mismo que cuando van a un médico o a un psicólogo. Es un servicio privado que apunta a



ayudar a una persona a llegar a la verdad sobre distintas cuestiones. Y es una tarea bastante concreta. No hay mucho de fantasía. Los peligros que corremos son los mismos que puede correr cualquier otro ciudadano en la calle”.

Entre el abanico de servicios que ofrecen los detectives se encuentran el seguimiento de hombres y mujeres infieles, empleados o socios sospechados y hasta adolescentes que llaman la atención de sus padres. También realizan la búsqueda de paraderos e informes comerciales y la escucha telefónica o el control de mails. Se trata de una serie de tareas acotadas: contestar la duda del cliente con una imagen, una dirección o informaciones pautadas de antemano. Como trabajan en el instante, lo inesperado suele tener una presencia importante. Sin embargo las ramificaciones de la acción tienen sus límites. Alan (www.eldetectiveprivado.com.ar), otro de los tantos detectives que habita en la ciudad, aclara: “Cuando salgo a tomar pruebas siempre lo hago de la puerta para afuera. No me meto a hacer cámaras ocultas, ni en el interior de una vivienda. Si alguien busca esa clase de trabajos o quiere sacar información de una PC yo le doy los programas para que lo haga, pero no me meto en el ámbito privado. Me manejo en la calle”.

A diferencia de España, en donde existen carreras universitarias que duran hasta tres años, en el país los detectives privados se construyen a sí mismos con la práctica.

“Entre el abanico de servicios se encuentran el **seguimiento de parejas infieles, empleados sospechados y hasta adolescentes fugitivos**. También realizan informes comerciales, escuchas telefónicas o control de mails”.

Por lo general inician sus actividades en agencias en las que toman un primer contacto con el oficio para luego trabajar por su propia cuenta. El motivo, más que nada, es económico. Y Aguirre Horn lo deja en claro: “La diferencia básica es la plata. Si bien el trabajo es el mismo, en una agencia cobrás una parte, mientras que solo ganás el 100 por ciento”. Por lo tanto, los sabuesos locales van aprendiendo de sus propios errores y se forman con la sucesión de casos. Alan recuerda: “Al principio hay cosas que uno no toma en cuenta. La ansiedad es algo que hay que controlar. Yo tomaba fotos adentro de bares o desde muy cerca. Es decir que me exponía mucho. Y eso no hay que hacerlo. Porque ante todo es importante que no te vea la persona a la que estás persiguiendo”.

A pesar de la escasez de preparación teórica, existen cursos que cualquier persona puede realizar. Se trata de

clases dictadas por la academia Newbery (www.detectivesnewbery.com.ar), que duran 6 meses y cuyos costos oscilan entre 75 y 130 pesos. Los graduados reciben una credencial que habilita para ejercer la práctica detectivesca y que podrá servir, por ejemplo, para presentar frente a la Policía, en caso de ser interrogado durante una guardia en la calle. Más allá de esto no hay ningún reconocimiento legal sobre el oficio detectivesco. Con respecto a la relación con la Policía, no existen vínculos directos ni constantes. Si bien el 70 por ciento de los detectives proviene de las fuerzas de seguridad o Inteligencia, el intercambio se acota al pedido de cierta información y dependerá del grado de confianza entre las personas.

Queda claro que los detectives privados existen y reocurren cada día la ciudad. No tienen uniformes ni armas. No usan lupas ni pipas, apenas cigarrillos. No descifran misterios ni se infiltran en la mafia. No hay crímenes ni mujeres fatales a punto de traicionarlos. Apenas hay seguimientos a la distancia en busca de imágenes. Son como cualquier persona, como cualquier vecino de barrio. Lo único que los diferencia es que cobran por observar y vigilar. Porque hay gente que les paga. Son personas que necesitan despejar una duda. Porque en el centro de la sociedad está la desconfianza. Y ahí están ellos para ofrecer sus servicios. Porque toda necesidad debe ser satisfecha. Porque si la oferta existe es gracias a la demanda. **WP**

HERRAMIENTAS DE FICCIÓN

Si bien a los detectives les alcanza con utilizar objetos que están al alcance de todos (básicamente usan computadoras, filmadoras, grabadoras y cámaras de fotos digitales), el desarrollo tecnológico de los últimos años dio lugar a la creación de artefactos capaces de llamar la atención del propio James Bond. Biromes, agendas, lámparas, celulares, botones o graciosos osos de peluche sirven para ocultar sofisticados equipos de espionaje. Entre otras cosas, existen calculadoras con micrófonos incorporados, anteojos y relojes que filman, pequeños grabadores de larga distancia (de hasta 600 mts) y software para escuchar teléfonos ajenos o detectar los movimientos diarios de cualquier teclado. Los precios, siempre en dólares, van desde los 500 (una simple cámara fija) a los 50.000 (un complejo maletín para detectar la presencia de micrófonos en un ambiente). En el medio existen cientos de opciones como micrófonos con un alcance de 200 mts y 8 días de duración continua (1.180) o cámaras inalámbricas incorporadas dentro de celulares (desde 2.500). Estas son sólo algunas de las muchas herramientas que, más allá de su utilidad concreta, contribuyen a mantener vivo el imaginario alrededor de la investigación privada.